

El debate sobre Catalunya

# ¿Dar la espalda al que tiende la mano?

La amplia conciencia cívica de la sociedad catalana no se quiere desgarrar a sí misma ni a España

JOSÉ MANUEL  
**García-  
Margallo**



Cómo la memoria a menudo desfigura lo vivido, he releído estos días los debates de nuestras Cortes Constituyentes, en las que me estrené como diputado. Las intervenciones forman una cordillera altísima de inteligencia, sensatez, ilusión compartida y afán de concordia. Son enteramente vigentes. Sobresale, en especial a la luz de hoy, **Miquel Roca**, quien, emocionadamente, tras afirmar que «la historia constitucional española es la historia misma de todos los españoles en la búsqueda del ejercicio estable de sus libertades públicas», subrayaba que asumía «la responsabilidad de sus aciertos y errores porque su historia es la nuestra».

ESTAS LÍNEAS quieren inscribirse en ese espíritu, en aquella tensión moral que arrancó de nosotros lo mejor y se encarnó en la Constitución, donde institucionalizamos la concordia. Si ahora algunos reniegan de su trayectoria más cordial y amigable, nosotros la asumimos y reivindicamos. El núcleo central de la vida política española no se desdice de su compromiso constitucional. A Catalunya he dedicado mucho afecto y reflexión y siempre vuelvo a **Cambó** y a su obra *Por la concordia*. **Cambó** sostiene que la política asimilacionista es estéril, pero que el reconocimiento del hecho catalán, necesario, debe poner en valor Catalunya en tanto que parte histórica de España.

Ante esta circunstancia doble, una realidad hispánica y otra realidad catalana, caben tres soluciones; dos, claras y definitivas, y una, árida y transitoria: considerar incompatibles los dos hechos, lanzándolos uno contra el otro; considerarlos compatibles y armonizables o la solución actual, de resqueamor constante. Todos tenemos derecho a desear lo mejor para nuestra sociedad y creo que lo mejor, en este caso, es la convivencia. Cuando logramos algo extraordinario, gracias al consenso, es lógico que queramos preservarlo de los momentos de crisis y tensión. La concordia nos aconseja resolver cualquier reto no «desde una posición inflexible, sino desde un diálogo sereno y constructivo», como manifestó **Rajoy a Mas** en

su reciente encuentro en la Moncloa, a fin de «avanzar en una colaboración franca y leal, mediante un diálogo sensible a la diversidad de Catalunya y de España y respetuoso con el marco legal, que es el primer requisito de actuación de cualquier gobernante».

Es evidente que a esta disposición dialogante responde gran parte de la ciudadanía catalana también con la mano tendida, como lo ha hecho mayoritariamente en los últimos 30 años; pero también parte de su clase política lo hace volviendo la espalda, negándose al trato, más aún, deseando romperlo. Las propuestas de los neoindependentistas, cuando Catalunya conoce un inédito autogo-



MARIA TITOS

**Consideramos éticamente más valioso resolver los problemas con diálogo y juntos que con ruptura**

bierno, nos parecen una involución, pues rescinden el acuerdo de la transición —que fue tan española como catalana— y dan la razón a aquellos esencialistas que nos consideran hijos de nuestros demonios. No es que la propuesta independentista sea ingrata ante el proyecto plural más logrado de España, es que está desertando de sí misma, de lo mejor que Catalunya, además del conjunto de España, pensó y sintió durante los años más fecundos de la transición; refiriéndose a ella, a la Constitución y al Estatut, el propio presidente **Pujol** afirmaba, en 1996: «Y esto es un éxito de todos y, en primer lugar, de España, porque por fin ha sabido encontrar una fór-

mula que, pese a desajustes y deficiencias, pone en vías de solución un problema siempre irresuelto. Por ello, cabe afirmar que existen motivos sobrados para el optimismo».

**OBJETAMOS** también el independentismo por otra razón que ya no es estrictamente española: consideramos éticamente más valioso resolver los problemas globales, nacionales, a cualquier nivel, descubriendo la solución juntos, a través del diálogo, que no en virtud de la ruptura o la enemistad: ¿por qué dar la espalda al que da la mano? Sobre la animadversión –eso significa volver la espalda– y sobre la fractura interna, en el seno de Catalunya, en el conjunto español, no puede edificarse nada prometedor ni moralmente progresivo. Nuestra actitud abierta no es la causa de las pretensiones independentistas. Si el neoindependentista se mira en el espejo de la sociedad española en su conjunto, verá el rostro del que quiere romper con Catalunya, expulsarla de España: esa es la terrible simetría. Ambos movimientos dan por enterrado el consenso constitucional y se retroalimentan, en un juego lleno de riesgos, que nos disgusta y al que nos oponemos resueltamente, por afecto inquebrantable a Catalunya. Yo tengo la seguridad de que la amplia conciencia cívica de la sociedad catalana no quiere renunciar a lo mejor y más alto que ha pensado y sentido, no quiere desgarrarse a sí misma ni desgarrar España, y rechazará un neoindependentismo que se presenta irreconocible en su inteligencia, vacío de sensatez y exento de ilusión compartida y afán de concordia. ≡

**Ministro de Exteriores y de Cooperación.**